ULTIMA PARTE.

EL MARQUES DE RIO SANTO.

EPILOGO.

I.

ANA.

La casa del caballero Angelo Bembo daba a Hyde-Park-Corner. Era una pequeña y linda habitacion que ciertamente no debia su ser a la pesada escuadra de un arquitecto ingles. Se veia en su construccion un gusto artístico y armonioso, desconocido enteramente a nuestros albañiles de Lóndres. Acaso era producido de uno de esos emigrados italianos que vencidos en el juego pueril y dramàtico de las conspiraciones del carbonarismo, espian en la miseria el inocente placer de haber jurado sobre un puñal, ódio eterno a los tiranos, en una cueva de Nàpoles ô de Roma, al lado de algunos agentes de policía. Vàstagos macilentos y débiles de un tronco que fuè fructífero;

en fin, despojos, pero despojos bellos por sí mismos como hombres, y mucho mas por el gusto esquisito de todo lo que es arte y belleza.

Efectivamente, era esta pequeña casa, que la pobre parecia temblar de frio por su esposicion a la húmeda inclemencia de nuestra atmósfera, como un recuerdo de los correctos dibujos de las casas de campo florentinas.

Parecia estar desterrada de Italia y estrañar nuestra nebulosa atmósfera, del mismo modo que los insulsos y frívolos hijos de aquel conquistado pais parecen hallarse fuera de su centro en medio de nuestra vida positiva y de la pesada prosa de nuestros negocios.

Bembo habia elegido esta habitacion por instinto, y como si hubiera querido acercarse a un amigo, a quien se encuentra despues de una larga ausencia. Era un recuerdo de su patria.

Los dias que Angelo no pasaba en compañía del marques de Rio Santo en Iris-House, se retiraba a una pequeña sala, amueblada con esquisito gusto, cuyas ventanes caian sobre una azotea que dominaba la arboleda de Hyde-Park. En esta azotea, cuya cúpula de vidrio daba cierta fuerza a los pálidos rayos del sol británico, se criaban bellas flores, que estando tambien desterradas, esparcian bajo estrangero cielo lánguidos restos de sus debilitados perfumes.

En las paredes de esta sala habia una multitud de cuadros, confusos a los ojos vulgares, pero llenos de ingenio y que al cabo de varios siglos conservan aún los luminosos reflejos de la imaginacion del maestro. Bembo mismo habia escogido estos cuadros delante de los cuales un gentleman hubiese pasado cincuenta veces sin ver mas que colores deteriorados en un hermoso marco, si Bembo no hubiese justificado su autenticidad; pero aun

con esta circunstancia, el mismo gentleman no se saciaba de mirarlos con su lente, y no cabe duda que hubiese dado mil libras por el de menor mérito de todos ellos.

Rafael se moriria de hambre entre nosotros, si no tuviese en la faltriquera su fé de bautismo, miéntras que un pintor de muestras de almacenes de cerveza, provisto del pasaporte de Rafael ganaria sin duda muchos millones.

Somos bárbaros con corbata blanca y botas barnizadas, y la mas sublime y sincera espresion de la Inglaterra artística, es aquel turista que trasportado de ilustrada admiracion, rompió una columna del templo de Diana para llevarse a Londres un pequeño pedazo.

Por lo demas, es bien sabido que en Italia hay precision de vigilar las antigüedades para impedir que Johu-Bull les quite un dedo de la mano ó del piè con el objeto de adornar su chimenea.

Entre los cuadros que adornaban las paredes del salon habia dos admirables retratos, uno de los cuales representaba a Andrés Bembo, senador y miembro del consejo de los Diez y proveditor del Archipiélago en el siglo XVI; el otro con su birrete encarnado, era el del cardenal Pietro Bembo, famoso historiador de Venecia.

Enfrente de las ventanas habia un lecho de reposo, en torno del cual caian los ondeantes y suaves pliegues de una cortina de seda.

Allí fué donde Angelo Bembo condujo a Ana Mac-Farlane despues de haberla robado en el *Lord's-Corner*.

No habia sido esta entonces la intencion de Angelo, pues queria devolver la jóven a su familia; pero Ana, rendida por el cansancio, no habia podido soportar sin desmayarse, el golpe violento que recibió al caer sobre las piedras de Belgrave-Lane, cuando el laird, creyéndola en su locura, por una funesta sombra, la arrojó léjos de sí.

Bembo se vió obligado a cogerla en sus brazos y a llevársela a su propia casa, pues ignoraba completamente quién era Ana, donde vivia y el nombre de su familia.

Al cabo de algunos instantes la jóven recobró el sentido y dió un profundo suspiro.

Bembo estaba sentado al otro estremo del cuarto, de modo que Ana no podia verle desde su cama.

Incorporóse esta de pronto y miró con espanto al derredor. No era la vista de los objetos nuevos de que se veia rodeada, la que causaba esta primera sorpresa, sino solamente el hecho de hallarse acostada, pues hacia ocho dias que pasaba las noches en un sillon por no arrimarse a la gran cama de las cortinas antiguas que tanto miedo la habia causado.

En seguida conoció en los muebles del cuarto que ya no se hallaba en la vasta pieza de grandes ventanas, cuyo elevado maderámen le habia parecido muchas veces oscilar al reflejo de la dudosa luz de su bugía.

¿Donde se hallaba?

Una vaga espresion de miedo turbó sus ojos; y su boca, cuya palidez desaparecia poco a poco y se mostraba sonrosada, se abandonó despues a una sencilla sonrisa. Empezó a recordarse.

—Será el ángel de mi guarda, dijo a media voz; bien hice yo en rezar anoche.... Dios me lo envia.... ¡Qué hermosos son los ángeles y qué voz tan dulce tienen!

Apoyó sonriéndose, su preciosa cabeza en la mano, pues no tenia la mas ligera sombra de miedo ó desconfianza.

—No sueño, continuó, fijando sus negros ojos ya en las pinturas italianas, ya en las cortinas de las ventanas; nunca he visto nada de esto.... me ha salvado y quisiera verle para darle las gracias....

Bembo, que escuchaba encantado é inmoble, conteniendo su respiracion, no quiso responder a este deseo.

Las facciones de Ana se cubrieron de una ligera nube.

—Creí que no habia un hombre tan hermoso como Estevan, dijo con sentimiento.—Pero me engañaba.... ¡Estevan es a su lado lo que los otros al lado de Estevan!.... ¡Cuánto deseo verle!....

A tan inesperada conclusion, Bembo dió un profundo suspiro y perdió la esperanza que habia empezado a concebir.

La voz de Ana se iba amortiguando lentamente; sus largas pestañas caian sobre las mejillas como si los pàrpados no pudiesen soportar su peso; sus ojos perdian poco a poco su brillo, y su sonrisa tomaba la calma que la fuerza del sueño da a la espresion del semblante.

Como hacia tanto tiempo que no habia inclinado su cabeza rendida por el cansancio de ocho noches, tenia necesidad de reposar.

—No diré a Clara que le he tenido por un ángel, dijo sonrojándose ligeramente; se burlaria de mí.... ¡Oh! ¡tampoco se lo diré a Estevan! añadió con mas fuerza.—No sé.... temo hallarme cara a cara con él.... Sus miradas tienen un dulce fuego, pero hieren.... Estevan no sabe mirar de ese modo....

Dejó caer dulcemente su brazo y puso la cabeza en el cojin al mismo tiempo que decia entre dientes:

—¡No!.... ¡no!.... no diré que le he tenido por un ángel....

Al impulso del puro y blanco óvalo de la cara de la jóven, se hundió el cojin formando pliegues aterciopelados.

Bembo esperó algunos instantee. Ana calló; y solo se oía su compasada y dulce respiracion.

La aurora empezaba a reflejar sobres las sutiles hojas de las plantas ecsòticas que crecian en la azotea.

Por último, Bembo se levantó y atravesó el cuarto sin hacer ruido.

Estaba pàlido, pero en su cara brillaba una concentrada alegria.

Paróse al pié del lecho y juntó sus manos con adoracion.

Ana estaba ya profudamente dormida. Su boca entreabierta, mostraba dos líneas de puro esmalte, entre las cuales pasaba sin ruido el fresco soplo de su aliento; sus hermosas y sueltas trenzas de pelo se confundian con el terciopelo de los cojines, que retiràndose, como el oscuro centro que se pone de intento en un medallon de alabastro, realzaban mas los suaves contornos de su cuerpo virginal.

Bembo estaba sometido a la influencia de una especie de atraccion material cuyos efectos lentos, pero sensibles, le hacian aprocsimarse poco a poco a la cabecera de la cama, sin que su voluntad tuviese parte en este movimiento; pero se resbalaba como si la alfombra estuviese pendiente: antes que pudiese notar esta accion, juntó sus manos y las apoyò sobre el terciopelo, cerca de la delicada mano de Ana, que vuelta, por uno de los efectos singulares del sueño en que se obtiene el completo reposo con posiciones incómodas, presentaba la palma medio abierta, pareciendo esperar otra mano para estrecharla. Y como esta posicion de la muñeca en una persona despierta y en pié no puede ejecutarse sino por detras, Ana representaba durmiendo el sencillo convite de una coqueta aldeana haciendo una señal de amor a hurtadillas.

Greuze ha debido pintar una parte de esa delicada mano, estendiendo sus rollizos dedos colocados detras de la

delgada cintura de una linda jóven, con la sonri
labios y la vista en acecho, miéntras que una ma
ciana da vueltas a su huso y al mismo tiempo que un enamorado aguarda el momento favorable para poner en el hueco de la palma la carta deseada ò un rápido beso.

Bembo se inclinó, y sus labios rozaron estos dedos de rosa, cuyo modelo esquisito resaltaba mas en la sombra de la colcha de la cama. Despues se avergonzó, y retrocediendo tristemente un paso, se arrodilló como para pedir perdon.

La luz del dia se aumentaba sucesivamente y arrojaba sus reflejos sobre este grupo encantador de juventud, de candor, de amor y de hermosura.

Bembo inclinó su noble y gracioso rostro, sus ojos unas veces alegres, otros llenos de tristeza, parecian considerar la sonrisa de Ana.

Eran dos criaturas perfectas y nacidas para amarse, dos cabezas angélicas como las que imaginan los poetas en los preciosos momentos en que elevàndose hasta la inspiracion, olvidan la tierra, y solo piensan en los objetos celestiales.

Bembo era feliz, y no pensaba en otra dicha mayor, que en aquella que le causaba el objeto que tenia a su vista a quien habia salvado. No pensaba ni en el pasado ni el porvenir. considerando el presente como un amor suave, tranquilo y lleno de delicias.

En nada pensaba ni queria pensar; su imaginacion era un alegre caos que imponia silencio a los recuerdos y a las esperanzas para no turbar el dulce reposo de aquel momento. Las horas pasaban rápidamente, el sol del Mediodia dió sobre los vidrios de la azotea, y las flores, abriendo sus botones macilentos, esparcieron por la atmósfera sus perfumes.

Al oler Bembo los mirtos y azahares se estremeció ligeramente, sus facciones se animaron, y la sonrisa apareció en sus labios.

Se levantó para dejarse caer en el sillon colocado a los piés de la cama; sus miradas eran ya lánguidas, y su cabeza se inclinó dulcemente sobre el respaldo de una silla; sus narices voluptuosamente abiertas respiraban con enagenamiento los perfumes que la azotea le enviaba en calientes ráfagas; y seguia contemplando a Ana con sus entreabiertos y perezosos párpados.

En estos momentos sentia una cosa superior a la dicha y al reposo; deseaba y esperaba, estas flores y estos perfumes le hablaban de Italia.

¡Oh! ¡cuánto amor bajo el claro cielo de Sicilia y de Calabria, donde el destierro le habia conducido durante su infancia! ¡Cuánto amor en las doradas costas del Adriático, aguas de promision para sus antepasados.... Bembo no estaba ya en Inglaterra, se perdia con Ana en los bosques de naranjos de la valiente Malta, sus miradas descarriadas acariciaban los mármoles de los palacios de Palermo y Venecia, y Ana estaba aún a su lado....

Estos dulces desvarios duraron todo el dia, pues la jóven abrumada de su largo cansancio, no se despertó hasta ponerse el sol.

Cuando abrió los ojos, lo hallò todo como antes lo habia dejado; la lámpara encendida brillaba sobre una mesa, y Bembo no se presentaba. Recordóse vagamente de los acontecimientos de aquella mañana, se levantó mas animada y arregló delante de un espejo los arrugados pliegues de su vestido.

El espejo le mostró a Angelo sentado é inmoble detras de la cama.

Ana se volvió con prontitud, bajó los ojos sonrojándose y atravesando el cuarto vino a sentarse junto a Bembo.

—No me causais miedo, le dijo con dulzura; sé que sois bueno.... todo el tiempo que he dormido os he visto a mi lado.... sí, érais vos.... por mas que queria cambiar de sueño estábais siempre presente.

En esto se contuvo y dijo manifestando alguna tristeza:

—Me habeis impedido soñar con Estevan.

Bembo la contempló enagenado y turbado, pues él era quien tenia miedo.

—Sin duda va a amanecer pronto, dijo Ana, ignorando lo que habia durado su sueño; ¿hay mucha distancia desde aquí a Cornhill?

—Estoy pronto a conduciros a vuestra madre, respondió Bembo con tristeza.

—No tengo ya madre, dijo Ana, perdiendo su alegría; pero me aguardan las personas que me quieren.... mi hermana.... mi pobre tia.... mi primo Estevan.... ¡vamos pronto!

—¿Queréis ir a Cornhill? preguntò Bembo.

—¿No lo sabeis? dijo Ana a media voz.

Bembo sonrojado no respondió.

—¿Me habeis dicho, continuò Ana, que veniais de parte de mi primo Estevan?

—Mentí, señora, respondió Bembo mirándola como en tono de súplica, no conozco a vuestro primo Estevan.

Ana se levantó, pero su preciosa cara solo manifestaba una especie de sorpresa sin mezcla de miedo.

—¡No conoceis a Estevan! le dijo, ¿pero a mí me conoceis?

Bembo se esforzaba para conservar su serenidad. Su sueño habia concluido.

—No os conozco, señora, respondió.

—Me llamo Ana.... ¿os acordaréis?

—Me seria imposible olvidarlo, dijo Bembo, bajando la cabeza.

—¿Irás? dijo la jóven volviéndose a sentar; decidme vuestro nombre para que yo se lo diga a Clara y a Estevan.

—A Estevan no, repuso Bembo, pronunciando este nombre que la dulce voz de Ana repitió varias veces.

—¡No lo olvidará él ontinuó ella, es tan hermoso como.... y calló de repente, poniéndose colorada y quedando en silencio. Bembo padecia.

Al cabo de un minuto, Ana, tomando la mano del jóven caballero, le dijo: conducidme a casa de mi tia, ¿qué importa que vengais de parte de Estevan ó de la de Dios?

Bembo meneó la cabeza lentamente.

—Cómo os querrà Clara! repitió Ana al mismo tiempo que atravesaban la sala para salir por la puerta Ana y Bembo.... vendréis amenudo a vernos a Cornhill ¿no es verdad?

Bembo meneó la cabeza lentamente.

—¡Cómo! esclamó la jóven con tristeza, ¿no quereis verme mas?.... Ya veo que me habeis libertado, porque sois bueno, y sin conocerme como lo hubiéseis hecho por cualquiera otra.... Vamos pronto, caballero, no quisiera abusar de vuestra bondad.

¿Por qué hablaba Ana de este modo? a cualquiera otro que hubiera sido dirijida esta pregunta, se hubiera cortado; pero Bembo habia resuelto ocultar cuidadosamente lo que pasaba en su corazon, y el nombre de Estevan pronunciado sin cesar le afirmaba en esta vacilante resolucion. ¿De qué le servirá declarar su amor? Ana amaba

a otro sin duda, y estaba para casarse; ademas, aquella noche misma, el dia siguiente, ó mas tarde, iba Rio Santo a pedirle su vida que le pertenecia àntes que el amor.

Estos dos motivos que tenia para callar, eran capaces de influir poderosamente en su carácter leal y caballeresco; pero ¿es posible resistir siempre hasta el fin, por mas motivos que haya cuando se tiene veinte años y cuando se trata de amor? Es preciso decir que Bembo estaba espuesto a una tentacion irresistible. Muchos sucumben cuando no tienen mas que contenerse en atacar, y Bembo por decirlo así, tenia que defenderse.

El sencillo agradecimiento de Ana tomaba todas las formas de un cariño naciente é ignorado. No es preciso ser tan fàtuo como el último de nuestros gentleman a la moda, para conocer en la espresion demasiado viva de este agradecimiento, algo mas que un simple agradecimiento, algo mas que un simple movimiento de gratitud; pero no habia el menor vestigio de fatuidad en el carácter del caballero Angelo Bembo.

Si cedió, fué porque amaba apasionadamente y porque se apuró su sufrimiento, porque la frialdad de algunos momentos, sostenida con tanta dificultad, habia agotado sus fuerzas, y porque su corazon se electrizaba por Ana, con tanta energía, que le era imposible contenerse mas.

A las últimas palabras de Ana, que eran una verdadera reconvencion, Bembo se paró y la miró atentamente. Se quedó algunos instantes sin responder, manifestando en su espresion y móvil fisonomía, el esforzado combate que sostenia interiormente.

—Señora, le dijo al fin, hace una semana que vivo con vos y por vos; os he libertado porque os amo.... y porque os amo, hoy os veo por la última vez.

—¡Me amais, Angelo! respondió miss Mac-Farlane con su encantadora sonrisa; me creo feliz con vuestro amor.

—No me entendeis, dijo Angelo a media voz.

—Es verdad, entiendo que se liberta a una persona que se ama y que se ve sufrir.... pero ¿por qué huir de ella?

—Para no amarla mas, respondió Angelo; Ana quedó pensativa.

—Temo comprenderos ahora, repuso Ana en voz baja.

—Es que me entendeis, Ana....y conoceis que me es preciso dejaros.

—¡Oh! sí, dijo miss Mac-Farlane bajando la cabeza, no podré amaros de otra manera que como vuestra hermana....amo a Estevan.... estoy bien segura de ello. Estas últimas palabras fueron pronunciadas con voz distraida; y en seguida prosiguió como si se despertase de pronto. Estoy bien segura de amarlo.... estoy bien segura.

Ana bajó los ojos; habia como una especie de duda en esta afirmacion repetida sin motivo.

Aunque Bembo no era un fátuo, onocia un poco el mundo, y tuvo en este momento una vaga esperanza porque creyó conocer que Ana no sabia lo que pasaba en su corazon.

Esta le alargó otra vez la mano y le repitió con tristeza:

—Conducidme a Cornhill.

Bembo la hizo subir a un carruage, y desde Pimlico hasta Cornhill, Ana no pronunció una sola palabra; pero mas de una vez creyó Bembo oirla suspirar dolorosamente.

Cuando llegaron a la puerta de mistress Mac-Nab, Bembo se bajó para ofrecer su mano a Ana, quien saltó resueltamente a la acera y se paró indecisa.

—Adios, señora, dijo Bembo.

—Adios, dijo a media voz la jóven, y Bembo creyó ver brillar las lágrimas a la luz de los faroles.

Ana titubeó un instante.

—¡Adios! ¡adios! dijo en seguida precipitadamente.

Levantó la falleba de la puerta, y entró sin volver la cara: y Bembo habia subido ya al carruage.

Eran entonces como las diez. Estevan acababa de salir con Angus Mac-Farlane para ir a casa de Frank Perceval, como tenemos dicho.

Mistress Mac-Nab estaba sola: no tratarémos de describir la alegría de la pobre señora, solamente dirémos que Ana correspondió con los ojos llenos de lágrimas a los abrazos de su tia; a pesar de que aun no sabia nada sobre la suerte de Clara.

¿Pensaria tal vez en el caballero Angelo Bembo, que la amaba, que la habia libertado y que no podia volverlo a ver?